



GRANOLLERS, 31. Diciembre 1976 - N.º 2258 - Año XXXVII

Director: Juan Pardo Gil

Redactor-Jefe: Francisco MORA

Compagina: Ramón Vidal

Redacción y Administración: PLAZA PERPINA, n.º 8

Administración: Tel. 870 65 33 Redacción: Tel. 870 65 34

Depósito Legal: B-1543 - 1960

Impreso en: DYOGRAF Industria Gráfica

EDITA RED CATALANA DE PRENSA

Más difícil todavía

En el fabuloso mundo del circo, la frase «más difícil todavía», forma parte de la filosofía de ese espectáculo creado para los niños y que también emociona y hace reír a los mayores. «Más difícil todavía» es lo que nos dice el presentador cuando los artistas de la pista quieren llevarnos con sus piruetas más allá de la sorpresa.

Como en política, política de nuestro país, España, para que no se nos enfaden quienes se quejan —con razón— de que haya tantos que parecen tener vergüenza de llamar al «país» por su auténtico y único nombre. Lo que ocurre es que aquí no hay presentador que nos anuncie el «más difícil todavía» cuando en las alturas, nuestros trapeceistas oficiales se disponen a rizar el rizo. Y entonces la sorpresa es mayor. Bueno, sería mayor si no hubiéramos perdido hace mucho tiempo nuestra capacidad de asombro ante las contorsiones, saltos y piruetas de nuestros artistas de la política oficial. Porque, la verdad, por mucho que se esfuercen, nos da la impresión de que asombrarnos, lo que se dice asombrarnos, no lo van a conseguir ya muy a menudo. Hacernos reír, sonreír de momento, con perspectivas de carcajada de órdago a lo grande, eso sí. Por el camino que van dentro de poco la península ibérica va a parecer el «tubo de la risa», instalado en cualquier feria de capital de provincia.

Juzguen ustedes mismos. Aparece don Santiago Carrillo. Desaparece el señor Oriol y Urquijo —el de Banesto y otros— y pocos días después la policía va y le dice a un señor con peluca blanca en plena calle: «oiga usted, buen hombre, ¿es usted don Santiago Carrillo?» y el buen hombre se quita la peluca y sonríe y va y dice: «pues sí señores, soy don Santiago». Y los otros le contestan, exhibiendo sus placas acreditativas y con unas sonrisas tan anchas que les manchan de saliva las orejas: «pues véngase usted con nosotros, hale». Y don Santiago se va con ellos a celebrar en casa, en Carabanchel, las felices pascuas.

Y ahora resulta que Carrillo, don Santiago, el líder español del «eurocomunismo», estaba en España desde el mes de febrero de este año que fenece. Y el señor Fraga, el feroz y temible ex ministro de la Gobernación, dijo una y mil veces —que lo oí yo con estos apéndices auriculares que se ha de comer la tierra— que Carrillo no pasaba a España, porque él, «ciclón Fraga», no tenía guardias bastantes para guardarlo de las iras de quienes se querían hacer sandalias con su piel. Y la actitud de Fraga mientras decía que don Santiago no iba a venir a España, era como para asustar a Sandokán. Y resulta que don Santiago, cuando en la calle se gritaba «que sí, que sí, Carrillo a Madrid», el hombre no tenía que venir —razón llevaba Fraga— entre otras cosas porque ya estaba aquí. ¿Es rizar el rizo, o no?

Y luego lo de Areilza, que a poco se lo comen ciertos señores cuando dijo que Carrillo era un señor como los demás y que podía pedir y tener su pasaporte. Luego Areilza, por si las moscas, plegó velas y dijo que donde dijo digo quería decir diego o que donde se le escapó don Santiago lo que quería decir era «Santiago y cierra España», grito de guerra —ya se sabe—, de los señores que a caballo lucharon contra los infieles, expulsándolos a golpe de sable, del solar hispano. Aquellos señores que se enfadaron —menuda chota cogieron algunos con el conde consorte, tan demócrata ahora y tan pro nazi en otros tiempos— dijeron que Santiago Carrillo no era un señor como los demás, que no, que si Paracuellos, que si esto que si lo otro, que si patatín que si patatán. Y llevaban razón, don Santiago no es un señor como usted o como yo, porque simple y llanamente, usted, yo y aquel señor de la esquina necesitamos pasaporte y carnet de identidad y libro de familia y vacupa antipoliomielítica y antivariolítica y hasta certificado de saber cantar «la Ramona» si me apuran para entrar y salir de España. Y don Santiago no. Mal que le pese a Fragamanlis, aquel que se dejó ver los michelines en Palomares para demostrarnos que no le temía a «la atómica». Don Santiago Carrillo, entra y sale cómo, cuándo y por dónde le place. Y todo esto sin que ni el «ciclón que nunca para» ni «el hombre de las gafas que nunca acaban de caer» se enteren, ¿verdad?

Y nosotros, los pobres españolitos, creyéndonoslo todo, todo. Todo lo que nuestros políticos oficiales nos quieran contar, menos la verdad, claro, que esa uno ya no sabe de qué color se lleva este año. Veremos el próximo. Que por cierto, feliz lo encuentren ustedes y sus familiares cercanos y lejanos y por llevar la moda, hasta sin pasaporte. Aunque Fraga se siga enfadando.

Y a todo esto nos ha ocurrido como a casi todo el mundo, que nos hemos olvidado del pobre señor Oriol y Urquijo. Y oiga usted, ¿no parece notarse algo muy extraño, vidrioso... en este secuestro? No será como nos decía un compañero en las lides de emborronar cuartillas para ver si luego se las publican —porque escribe cada burrada— que en el fondo de todo esto lo que hay es que el señor que la policía cogió el otro día en una calle de los madriles es ni más ni menos que el señor Oriol disfrazado de Carrillo, con la peluca del profesor Carrascal de Tony Leblanc? Vaya usted a saber. Cualquier cosa menos la verdad, que para eso los españolitos todavía somos menores de edad.

Francisco MORA